

Esferas II

Globos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Sphären 11 (Makrosphärologie). Globen*

En cubierta: Bartolomé Anglico, *Livre de la propriété des choses*,

París, Biblioteca Nacional (Ms. Fr. 9140)

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Suhrkamp Verlag GmbH, Berlín, 1999

© De la traducción, Isidoro Reguera

© Ediciones Siruela, S. A., 2004, 2017, 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-22-6

Depósito legal: M-3.511-2026

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Peter Sloterdijk

ESFERAS II

Globos

Macrosferología

Traducción del alemán
de Isidoro Reguera

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 164 (Serie Mayor)

Índice

Esferas II (Globos)	11
Prólogo:	
Idilios intensos	15
Introducción:	
Geometría en lo inmenso	
<i>El proyecto de la globalización metafísica</i>	43
I El Atlas	43
II Instante parmenídeo	66
III Transportar a Dios	87
IV El evangelio morfológico y su destino	105
Acceso	
Clima antrópico	127
1 Aurora de la lejanía-cercanía	
<i>El espacio tanatológico, la paranoia, la paz imperial</i>	141
2 Recuerdos-receptáculo	
<i>Sobre el fundamento de la solidaridad en la forma inclusiva</i>	173
3 Arcas, murallas de ciudad, fronteras del mundo, sistemas de inmunidad	
<i>Para una ontología del espacio cercado</i>	219

<i>Excurso 1: Morir más tarde, en el anfiteatro</i>	
Sobre la demora, a la romana	283
<i>Excurso 2: Merdocracia</i>	
De la inmunoparadoja de culturas sedentarias	297
4 El argumento ontológico de la esfera	309
<i>Excurso 3: Autocoprofagia</i>	
Sobre el <i>recycling</i> platónico	369
<i>Excurso 4: Panteón</i>	
Sobre la teoría de la cúpula	375
5 <i>Deus sive sphaera</i> o: El Uno-Todo que estalla	403
<i>Excurso 5: Sobre el sentido de la proposición no dicha:</i>	
La esfera ha muerto	503
6 Antiesferas	
<i>Exploraciones en el espacio infernal</i>	513
Observación intermedia:	
De la depresión como crisis de expansión	530
7 Cómo a través del medio puro el centro de las esferas actúa en la lejanía	
<i>Para una metafísica de la telecomunicación</i>	581
<i>Excurso 6: La descoronación de Europa</i>	
Anécdota sobre la tiara	683

8 La última esfera	
<i>Para una historia filosófica de la globalización terrestre</i>	695
1 La estrella errante	695
2 Regreso a la tierra	702
3 Tiempo de globo	711
4 Abandono del este, ingreso en el espacio homogéneo	721
5 Julio Verne y Hegel	725
6 Mundo de agua	
<i>Sobre el cambio del elemento rector de la edad moderna</i>	729
7 Fortuna o: La metafísica de la suerte	742
8 Comerciar con riesgo	746
9 Ilusión y tiempo	
<i>Sobre capitalismo, telepatía y mundos de asesores</i>	750
10 Éxtasis náuticos	756
11 <i>Corporate Identity</i> en alta mar	
<i>División de espíritus</i>	759
12 El movimiento fundamental: el dinero que regresa	763
13 Entre fundamentaciones y aseguramientos	
<i>Sobre pensamiento terrestre y marítimo</i>	766
14 Expedición y verdad	779
15 Los signos de los descubridores	
<i>Sobre cartografía y fascinación onomástica imperial</i>	785
16 El exterior puro	808
17 Teoría del pirata	
<i>El horror blanco</i>	810
18 La edad moderna y el síndrome de tierra virgen	814
19 Los cinco baldaquines de la globalización	
<i>Exportación europea de espacio</i>	820
20 Poética del espacio del barco	824

21	Clérigos de a bordo	
	<i>La red religiosa</i>	825
22	Libro de los virreyes	837
23	La biblioteca de la globalización	841
24	Los traductores	846
25	Mundo sincrónico	848
26	Segunda Ecúmene	855
27	La gran transformación inmunológica:	
	<i>En camino a las sociedades de paredes finas</i>	863
	Tránsito	
	<i>Air conditioning</i>	873
	Notas	881
	Créditos de las ilustraciones	921

Esferas II

(Globos)

*Para Heinrich Klotz,
el maestro, el fundador, el impulsor,
con amistad y agradecimiento*

*...Zaratustra tenía un blanco, lanzó su pelota: ahora, amigos, vosotros
sois herederos de mi blanco, a vosotros os lanzo la dorada pelota.
¡Lo que más me gusta, amigos míos, es veros lanzar la pelota!...*

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*



El mosaico de los filósofos de Torre Annunziata,
probablemente del siglo I a. C.

Prólogo:
Idilios intensos

Habiéndosele preguntado para qué había venido al mundo, contestó: para observar el sol, la luna y el cielo.

Diógenes Laercio, *Sobre Anaxágoras*¹

Pero alma es también añoranza, y la añoranza eterna del alma va siempre hacia el espacio.

Max Bense, *Espacio y yo*²

Siete hombres entrados en años en un paisaje idealizado, no lejos de una ciudad griega, quizá Acrocorinto, quizá Atenas, con seguridad no Esparta.

Estos señores, todos con barba, están reunidos bajo un árbol, conversando, cerca de un bosquecillo sagrado cuya entrada viene señalada por columnas; sobre la travesera hay ofrendas en vasijas achaparradas.

Todo en esta escena evoca una situación excepcional: el lugar no es uno cualquiera; allí no se habla de cualquier cosa. Está claro que a los reunidos les anima un argumento sutil y punzante. El que está a la izquierda acaba de terminar su informe, el presidente da una lacónica respuesta, señalando la esfera con su bastón; y una especie de asombro se extiende entre los reunidos. Parece que flote entre ellos una idea y los atraviese como en un arrebato. Hay en el aire una cierta excitación. Sí, da la impresión de que el encanto de la discusión ha dado paso en ese momento a una perplejidad general. Quizá es que ha aparecido una idea atrevida, que asusta, que se impone a los reunidos con la violencia de la primera vez. No hay nada que impida imaginarse que éste es el instante en el que algo nunca intentado, nunca pensado todavía, nunca tenido por posible, toma

posesión de los disputantes de modo casi patológico. Ha llegado el instante fecundo en esa *dotta conversazione*. La emisión de palabras se ha transformado en pensar; superando el palabreo ocioso, emprenden su vuelo ideas cosmovisionales. Una evidencia como ninguna otra antes fascina la inteligencia de los presentes.

¿Cómo es posible interpretar así esa imagen? Las barbas típicamente filosóficas de los participantes y los rollos de pergamino en las manos de algunos de los disputantes muestran que se trata de una conversación de sabios. Y que se trata de una situación excepcional del pensar: esto se infiere de la presencia de un objeto del que hay que suponer con seguridad que constituye el motivo de la reunión y del entusiasmo común.

Uno de los hombres, el que está sentado ante el árbol, que parece ser el senior de la reunión, señala con un puntero, el *radius* propio del docente, la figura que está en el suelo, en una caja pequeña –de la que sobresale tres cuartas partes–, ante la *schola* de sabios agrupados en semicírculo: una bola azul claro, revestida de una red de líneas rojizas que se cruzan. Basta una mirada al objeto para explicar la perpleja admiración de la que, si es que vemos correctamente, parecen poseídos los siete sabios. Lo que sobresale de la cajita, como una imagen sagrada de su relicario, no es otra cosa que una *sphaira*, una bola del mundo y del cielo, el símbolo de totalidad que desde los tiempos de Empédocles y Parménides había sido tan venerado como investigado tanto por los geómetras como por los metafísicos.

Investigación veneradora: la contradicción entre las dos palabras de esta expresión se explica en cuanto uno recuerda que la esfera, para los antiguos, sobre todo después de la reforma platónica que transformó la sabiduría aforística en filosofía argumentativa, era el símbolo de lo envolvente o del ser-alrededor, *periéchon*, que abarca todos los géneros físicos y espirituales de lo existente y que, por ello, entrelaza también las inteligencias que se inclinan en ese instante sobre la bola todopoderosa. Lo que ronda como un escalofrío por la reunión de los disputantes barbados es la certeza, excitante y tranquilizadora a la vez, que acaba de hacer acto de presencia en ese instante, recuperada en libre reflexión y gestada, sin embargo, como

por primera vez, de que ellos, mortales reflexivos, jamás podrán alejarse de esa esfera-espacio aunque en ese momento estén ante la imagen del todo como ante un objeto inanimado o ante un signo arbitrario.

La reunión en torno a la *sphaira* señala uno de los escasos instantes en la historia del pensar en que culto y discurso se mezclan sin estorbarse mutuamente. Igual que los oficiantes de cultos religiosos erigen estatuas en honor de las divinidades preferidas por ellos, esos sabios han colocado ante sí la figura de la bola del ser y del cosmos para venerarla con discusiones apropiadas. La esfera es la imagen de Dios de los pensadores, la cajita o el podio es su altar portátil, el bosquecillo ante las puertas de la ciudad es el término de su templo, y los hombres con túnicas de colores, evidentemente, son a la vez comunidad y *officium* sagrados.

Pero la *sphaira*, lo Uno como forma, es el Dios que da que pensar. No es por medio de oraciones e imprecaciones como se hace accesible ese Uno, sino a través de análisis, mediciones y argumentos. Su culto consiste en ponderaciones precisas de sus propiedades; la devoción del pensar se manifiesta esta vez en la capacidad de contemplar esa construcción formal desde su fundamento. La bola desea ser considerada y venerada tanto como calculada y hecha efectiva. Su espacio interior reclama un espíritu congénere que la vivifique; y vivificar significa aquí conformar y medir. Inteligencia es elasticidad esférica; la *inspectio* de lo inmenso se transforma en *circumspectio* suya. En las sensaciones de evidencia que se avivan en el alma noética, cuando se piensa correctamente, se deja ver el Dios, el Uno, unánime, a los que piensan-miran. Por el entusiasmo lógico confirma a sus devotos que está presente en ellos: su presencia es la unidad de circunscribir y ser circunscrito. Estamos todavía, en tiempos de la escena, en una época en la que la conmoción por la evidencia puede valer como punto de intersección de proposiciones y éxtasis; también en los trabajos del concepto viene la bendición de arriba. Porque se trata de seres humanos mortales que tantean con conceptos falibles al Uno, por eso sólo lo divino por sí mismo puede conceder al intento de pensar el éxito de la evidencia efectiva y

llenar los conceptos de contenido claro. Pero siempre que se piensa correctamente la esfera, ella está en medio, entre sus analíticos. En el concepto capaz de demostrar su eficacia y en la imagen capaz de ser se acerca el espíritu divino –cuya existencia aún puede suponerse aquí con bella ingenuidad– al humano.

Si los siete atenienses o acrocorintios miran la esfera, temblorosos a causa de un aliento espiritual común, es porque en ese instante están inmersos en el acontecimiento pentecostal de la historia del pensar: lo que los circunscribe y aprehende es la efusión de la evidencia en lenguas de fuego lógicas. Esa evidencia es íntimamente conmovedora y pública a la vez; posibilita tanto la meditación muda como el debate beligerante. De ahí que llame la atención que por la experiencia común de pensar no se instaure ningún hechizo hipnótico o religoidante sobre el grupo; cada uno de los sabios se pone en relación con lo englobante a su manera, en actitud reflexiva emancipada y de libre estimulación. Cada uno de ellos experimenta a su propio modo lo que el espíritu del globo le da que pensar. Incluso podría decirse que es el pensamiento lógicamente maduro en esa esfera única el que ha posibilitado lo que más tarde se llamará individualidad: pues individuo, en el sentido refinado del término, sólo puede serlo quien como vida singular cognoscente se relacione con lo Uno (igual que la gota hace patente la nube de la que cae) y quien deje hablar a lo envolvente a través de sí mismo, el discreto receptáculo de lo inmenso.

Puesto que aquí aparecen por primera vez individuos bajo un nuevo motivo de individualización, se manifiesta también en ese instante una nueva dimensión de sociabilización: por la experiencia compartida de la idea de unidad y totalidad ha surgido una comunidad de la que no hay ejemplo alguno en las relaciones étnicas y familiares. Desde ese instante la *schola* de sabios se ha conjurado en un entusiasmo comunitario; en el futuro, por hablar anacrónicamente, estará ya conexcionada por una «conciencia problemática» que la hace resaltar por encima de todos los demás grupos humanos. Parece que, con esto, haya aparecido en el mundo un motivo incomparablemente novedoso de ser junto a seres inteligentes; parece como si en este discurso pentecostal sobre la esfera haya surgi-

do algo de lo que incluso hoy, tras dos milenios y medio de influjos poderosísimos, no se sabe en definitiva qué significa y hasta dónde ha de llegar. Pues es evidente que aquí ha tomado cuerpo una forma de camaradería cuyo motivo no está en la autoconservación política, ni en la procreación o en la crianza de niños, sino en la investigación ascética y solidaria de la verdad sobre el todo redondo, sobre lo completo, lo unánime, unísono, lo Uno. Quien participa en esa investigación ya no es, obviamente, un simple miembro de su tribu o de su pueblo; más bien, en caso de que se tome en serio el deseo de saber —aunque ¿qué significa aquí la seriedad en relación con tales cosas?—, se ha incorporado a una contrasociedad lógica que se apoya en la comuna natural pero que no se deja definir por ella. Precisamente esta idea de comuna, abismalmente contranatural, que anticipa la de las órdenes religiosas, es la que retuvo el fundador del *mundus academicus*, Platón; y un hábito de academicismo retroproyectado rodea también la *schola* de Torre Annunziata: estos siete antiguos ya no enseñan para la vida, sino para la escuela. Los primeros afectos al *bíos theoretikós* saben que la libertad para la teoría sólo se realiza en ruptura con la ciudad y con la después llamada comunidad del pueblo.

A causa de la invención del juego teórico «filosofía», las sociedades subsiguientes, concíbanse como ciudades, reinos o imperios, se dividirán endógenamente. Ha surgido un pensar en el mundo que se define a sí mismo como ejemplo máximo de lo que vale y de lo que es, del que sin embargo la mayoría, incluyendo a los política, económica y periodísticamente poderosos, sólo consiguen vistas exteriores. Con este agravio tiene que habérselas cualquier sociedad real que decida no impedir completamente el pensar: sea refugiándose en la admiración, como prefirió hacer el mundo antiguo, o evadiéndose en el escepticismo, frente al saber superior y sus hipótesis, que ayuda a los modernos vitalistas a llevar una vida sin pensar en nada, sin sentirse por ello faltos de soberanía.

La imagen de Torre Annunziata remite claramente a la ruptura entre saber y sociedad: la escena, repleta de espíritu postsocrático, de escuela libre, secesionista, no se produce ya en la ciudad, sino ante sus puertas; no tan lejos como para que los participantes en la

conversación sobre esferas hayan de hacerse eremitas, pero tampoco tan cerca para que penetre el tufo y ruido de los mercados en el bosquecillo de la ontología. Las muecas partidistas se han retirado de las caras, sólo queda en ellas el bello esfuerzo del concepto. Olor agradable y sosiego; rigor amistoso. Las cigarras llenan con un segundo canto el aire, enriquecido ahora con argumentos.

Ningún intelectual habría de olvidar jamás esa situación: siete sabios frente a una esfera guarnecida con cintas, barbudos señores en una apacibilidad cuyo motivo no adivina ningún extraño, alejados de la ciudad, entregados a una disidencia sutil, juramentados por intuiciones lógicas comunes en una *pregunta* sin fin; ésta es la escena del pacifismo académico. En la pequeña imagen aparecen tranquilamente al lado la felicidad y lo inmenso. En el futuro ninguna teoría podrá tener lugar sin la voluntad de ese idilio: sin ocio no hay escuela, sin desarraigo de la vulgaridad no hay nada de lo que en la vieja Europa se llamó libertad de investigación. Tal teoría reclama para sí los privilegios de la vida suprema. Porque para la incipiente filosofía lo inmenso en el orden llega más allá que lo inmenso o espantoso en la tragedia, la atracción de la esfera divina aventaja en rango a la participación en las producciones del teatro dionisiaco.

¿Cómo nos las arreglaremos para reconstruir el texto y la marcha de la argumentación? ¿Se puede conseguir traducir la visión exterior y gráfica de este Pentecostés de los filósofos en una visión desde dentro y en una escucha desde cerca? La tradición silencia las leyendas correspondientes a la imagen y no revela su texto inmanente, de modo que al intérprete posterior de la imagen le toca la tarea de dejar hablar a la escena sólo a partir de sus elementos icónicos. La datación del mosaico de los filósofos de Torre Annunziata –que hoy puede verse en el Museo Nazionale de Nápoles– en el siglo I a. C. no significa mucho para su comprensión; además, a causa de la existencia de uno equivalente en la Villa Albani de Roma³, ha de considerarse cierto que ambos mosaicos se orientan a una propuesta o modelo común olvidado, sobre cuya procedencia, antigüedad, contexto y programa no se conoce nada en concreto. A juzgar por su lenguaje formal y su retórica plástica se puede presuponer

ner sin mayor deducción que nos encontramos en el helenismo, en la época del idilio bucólico-académico y en el escenario del *otium*. Pero con estas indicaciones no se hace hablar al cuadro, ya que no es la época inerte lo que habla desde un cuadro significativo, sino el propio acontecimiento inherente al cuadro mismo.

Un primer acceso al espacio lingüístico interior de la escena lo proporciona el número de los sabios: una cifra, siete, que se explica por sí misma en muchos sentidos. Ya en la cultura griega más antigua, pero sobre todo en la era helenística, se habían imaginado los primeros tiempos en mitos numerológicos y heroico-fundadores; sobre todo en la leyenda de los siete sabios, con los que en los días de los grandes antecesores parece que la sabiduría y la ciencia habían instalado sus tiendas entre los hombres griegos⁴. Al autor de la imagen hubo de parecerle un legítimo recurso estético que los siete, juntos, llenasen la escena en imaginaria simultaneidad. Los cultos ya se habrán dado cuenta, puesto que se deduce por sí mismo, de que los participantes y oradores del banquete platónico, también siete, están presentes asimismo en el horizonte connotativo. Pero la peculiaridad del mosaico de Torre Annunziata reside en que la asamblea no se representa como una alegórica facultad de filosofía, en la que cada una de las figuras reprodujera un tipo escolástico o un temperamento de pensamiento. No estamos ante un boceto helenístico de *La escuela de Atenas*. La singularidad de la escena de filósofos se muestra, más bien, en que en ella, en el instante de un compromiso común con un único tema, se pueden advertir ciertas magnitudes del pensar temprano, como si el observador hubiera de convertirse en testigo de un debate constitutivo de la filosofía. Se podría decir que lo que aquí aparece en imagen es la efusión de la cuestión primordial misma. Por un instante lo que se llama pensar se ha efundido, en cierto modo, cayendo ante los pies de los reunidos. He ahí una bola que interpela al observador con dos imperativos categóricos: ¡Ven, piénsame! y: ¡Déjate absorber en mí!

A los nacidos más tarde se les pide que comprendan que hubo un Pentecostés que fue una discusión. Debido a su tema, ésta no podía tener final alguno, de modo que, en consecuencia, la claridad pentecostal, la evidencia de los filósofos hubo de expandirse sobre

toda una era: la época de la conmoción de los pensadores por la luz intelectual que proviene de la suprema idea de espacio. Según eso, sólo es posible una duda con respecto al objeto de la conversación representada, en tanto que es lícito considerar si esos sabios monomaniacos o monotemáticos de antes sólo piensan en el Uno que tienen ante sí como esfera bien redonda, o si tienen también en mientes el reloj solar que vigila la escena sobre una columna, tras ellos. De hecho, reloj y esfera se colocan como si su correspondencia y su oposición hubieran de ser acentuadas: casi exactamente en una línea vertical, algo corrida hacia la derecha del centro del cuadro. Con sus líneas de las horas, el reloj de sol remite –esto resulta casi banal retrospectivamente– al tiempo que pasa, medido desde entonces, mientras que la esfera guarnecida de líneas matemáticas representa en su forma de reposo, libre de aconteceres, el todo del mundo captado en medidas y conceptos. Tanto por uno como por otro instrumento somos trasladados a la época inicial de la razón medidora, constataadora, objetivante.

La respuesta a la pregunta por el tema de la conversación se desprende de la compostura de los personajes: sus intenciones se reúnen indivisas en el objeto que está ante ellos y que por el propio hecho de su estar ahí les facilita las ideas directrices de su intercambio oral. El artista del mosaico, que capta a los filósofos en el instante de su iluminación por el Uno-Esfera, envuelve la escena con una idea óptica a la que puede asignarse el rango de un teorema. La *imagen* de las figuras en discusión encarna, con la elocuencia de lo evidente, la tesis de que filósofo es quien tiene un reloj a la espalda y una esfera enfrente. Los pensadores del helenismo, y sus herederos, existen bajo la ley del tiempo como inteligencias que reflexionan sobre algo diferente a lo temporal. Con ambos emblemas de sabios, reloj y esfera, el mosaico de los filósofos da a entender que en los siglos III, II y I, antes del cambio de cronología, no había por qué dudar cuando se trataba de decir en qué consisten la esencia y el tema de la filosofía primera. Comprender el ser y el tiempo y esclarecer la constelación que ambos forman: de eso y no de otra cosa se trata en este oscuro oficio, rico en palabras.